

**François Hartog, *Régimes d'historicité. Présentisme et expériences du temps*. Paris: Éditions du Seuil, 2012 (1<sup>a</sup> ed. 2002), 313 pages.**

“¿Podemos vivir en una ciudad presentista?”(p.18) ¿una *ville générique* articulada de la misma forma que un aeropuerto, que no dependiese de un centro, que no dispusiese de historia, y donde se encontrasen simultáneamente lo más nuevo y lo más antiguo, lo más estático y lo más dinámico?<sup>1</sup> Esta es la interesante pregunta que François Hartog plantea para cerrar el prólogo a la nueva edición del libro *Régimes d'historicité*, que al igual que en el año 2002, ha sido publicado por Éditions du Seuil.

Podría pensarse simplemente que el motivo que ha empujado a los editores a emprender la reedición de este trabajo, ha sido el deseo de celebrar el décimo aniversario de su primera aparición. Aunque esto fuese cierto, pensamos que la verdadera conveniencia radica en que diez años después la dificultad para objetivar nuestra relación con el tiempo continúa bloqueando nuestra capacidad para encontrar respuestas a fenómenos que siguen siendo imprescindibles para la historiografía, como el de la memoria.

El autor de la famosa obra *Le miroir d'Hérodote* (Paris: Gallimard, 1980), sobre la representación griega del “otro”, vuelve para reclamar la utilidad de este concepto que él define como heurístico y en construcción. En opinión de Hartog, la crisis financiera del año 2008 ha puesto de manifiesto más que nunca que a la inmediatez del tiempo que imponen los mercados especulativos no puede ajustarse ni al ritmo de la economía ni al de la política. “Quoi de plus présentiste que cette spéculation?” (p. 11). La extrema dificultad para ver más allá de nuestro propio sistema, de que solo seamos capaces de reaccionar en lugar de actuar, pone de manifiesto “la tiranía del instante” que domina nuestra forma de relacionarnos con el tiempo ¿Qué lugar ocupa el historiador en esta ciudad genérica y eterna? ¿Qué tipo de relación mantenemos con el tiempo?

Lo que Hartog propone es una vuelta a *le regard éloigné*, una relativización de nuestra propia tradición (p. 52) que nos permita tomar distancia y objetivar los procesos temporales con los que nos relacionamos y que como historiadores reproducimos. Para llevar a cabo esta tarea el autor describe nuestra relación con el tiempo a través del concepto de “régimen de historicidad”, que define de forma amplia como el modo en que una sociedad trata con su pasado, un modo de conciencia que una comunidad humana posee de sí misma (p. 29).

Hartog señala la existencia de tres grandes regímenes de historicidad dominantes que se han sucedido a lo largo del tiempo. Antes de llegar a estos regímenes nos encontraríamos en una especie de prehistoria de la historicidad, un momento previo a la toma de conciencia del espacio en el tiempo que el autor ejemplifica a través de la figura de Ulises. En la Odisea, Ulises recupera su identidad perdida a través de la narración de su devenir. El orden de la narración se traduce en un orden temporal. La conciencia de Ulises de sí mismo, la separación del pasado del presente es lo que permite inaugurar la historicidad.

---

<sup>1</sup> Concepto del arquitecto neerlandés Rem Koolhaas. La imagen de la portada que da inicio a esta reedición no podría ser sino la fotografía de la terminal de un aeropuerto.

En el primero de estos regímenes, el antiguo, nos encontramos con un orden temporal cristiano dominado por la “economía bíblica del tiempo”. Esta forma de experiencia se encuentra imbuida por una tensión constante entre un pasado que ya se ha realizado (la llegada de Cristo) y un futuro que todavía no ha concluido. El presente, el pasado y el futuro se articulan sobre un fondo de eternidad donde la Historia cumpliría el papel de *magistra vitae*, un receptáculo de ejemplos y enseñanzas que dan sentido al presente.

La Revolución Francesa de 1789 habría puesto fin a este modo de relacionarse con el tiempo. Este acontecimiento inauguraría el régimen moderno de historicidad y para saber en qué se traduce esta nueva articulación temporal, Hartog utiliza las reflexiones de Reinhart Koselleck. Para este historiador alemán el tiempo histórico estaría atravesado por la tensión generada entre la distancia del campo de la experiencia y el de la expectativa (p. 39). Durante los doscientos años que transcurren entre 1789 y 1989, fue el futuro, el que como un *telos*, alimentó de sentido al presente.

Lo más interesante del libro para nosotros se encuentra en la descripción que hace del último de los regímenes de historicidad, el presentista. Este régimen habría florecido tras la caída del muro de Berlín en 1989. La desaparición del comunismo y de sus promesas del centro de la geopolítica habría producido una crisis de futuro (p. 21). Esto no sería sino el colofón de un proceso más largo y que Hartog sitúa en la crisis de los años setenta que había traído consigo el fin de los *Trente glorieuses*. Estos serían los treinta años de la reconstrucción europea, dentro un ciclo largo de modernización rápida con la Guerra Fría de fondo. Este freno del desarrollo económico habría supuesto la desestabilización de la confianza del progreso capitalista y con esta la del tiempo como progresión histórica (p. 25).

El tiempo, desde el fin de la Guerra Fría, se ha convertido en mercancía y las exigencias del mercado de consumo privilegian lo efímero. Recordando las palabras del poeta T. S. Eliot, viviríamos en un nuevo provincialismo, no espacial sino temporal, “un pour qui [...] le monde est la propriété des seuls vivants, dans lequel les morts n’ont aucune part” (p. 157).

El presentismo también tendría su origen en la judicialización del pasado de los últimos años. Tras los juicios de Núremberg se habría inaugurado una época donde los crímenes de lesa humanidad se habrían vuelto imprescriptibles. Con la entrada en vigor en el año 2002 de la Corte Penal internacional, esta imprescriptibilidad habría aniquilado definitivamente la barrera entre el pasado y el presente del régimen moderno de historicidad, situando en el centro de la acción hacia el pasado al hombre contemporáneo.

Fenómenos como la memoria, la conmemoración o el énfasis en la preservación del patrimonio estarían ligados con este presentismo que todo lo invade y que parece ser eterno. La “mundialización”, la democratización, la masificación, la mediatización es lo que hace que, siguiendo a Pierre Nora, hayamos entrado en las “sociedades memoria”. Hartog se pregunta si no es acaso la invocación a la memoria el síntoma de que nuestra memoria está desapareciendo. La memoria se ha convertido en una nueva economía de la “identidad del yo”. Hartog apuesta por un concepto funcional de memoria, afirmando que esta es un instrumento presentista (p. 170). La rememoración es activa, no surge

involuntariamente del pasado en el presente. Fijándose en un momento del pasado, la rememoración lo trae al presente y tiende a transformarlo.

La conmemoración y la conservación del patrimonio tendrían un rol similar dentro de esta nueva relación con el tiempo. Ambos se hallarían ligados al territorio y a la memoria, operando como vectores de la identidad. El problema es que no estamos ante una “identidad evidente”, sino “inquietante”, que se encuentra en riesgo de olvidar, obliterar y reprimir. El patrimonio se presenta como una invitación a la anamnesis colectiva (p. 205) “Le patrimoine est la réunion des sémiophores que se donne à un moment (et pour un moment), une société. Ils traduisent donc le type de rapport qu’une société décide d’entretenir avec le temps” (p. 207).

En este orden de cosas son muchas las dudas que se nos plantean, como por ejemplo ¿cuál es el papel del Estado- nación en todo este proceso? Para Hartog, es evidente que el fin de las ideologías ha llevado consigo el socavamiento de los poderes del Estado. De hecho, la imposibilidad que Hartog observa en el Estado de seguir imponiendo sus valores al resto de la sociedad ha traído consigo el giro del monumento al memorial como intento de salvaguardar lo que en ese momento es considerado como patrimonio por los diferentes agentes sociales.

Otro de los rasgos de presentismo es la emergencia del “principio de precaución”. Este principio produce un rechazo ante la tentación de desestabilizar el presente en beneficio del futuro. Para ejemplificarlo, Hartog utiliza las palabras del filósofo alemán Hans Jonas, que postulaba “chaque présent de l’homme est sa propre fin” (p.262). El principio de precaución ha emergido y se ha acrecentado en el espacio público internacional de manera muy rápida. Desde 1990 y empujado por el pensamiento ecologista, la precaución se ha convertido en un mecanismo que domina el presente. Este principio tiene otra lectura, y es que como bien nos alerta Hartog un mal uso de la precaución puede invitar a la abstención, a la inacción o a frenar la innovación. Paradójicamente, este principio de precaución no es un mecanismo que ayude a evitar los peligros presentes, sino que simplemente es un mecanismo de refuerzo del mismo.

Al finalizar el libro, no cabe duda de que François Hartog ha conseguido su propósito. Al objetivar el tiempo, estamos ahora en disposición de replantear nuestra propia traición historiográfica y el tipo de Historia que podemos y no podemos hacer. Sin embargo son varias las incógnitas que este libro abre y que no aborda con suficiente precisión. La primera de ellas tiene que ver con qué tipo de relación guardan los regímenes de historicidad con los regímenes historiográficos.<sup>2</sup> También carece de un análisis preciso sobre las diferencias y similitudes que guarda el concepto de “presentismo” del régimen contemporáneo de historicidad con los estudios que analizan la articulación del tiempo y la producción cultural desde la perspectiva de la posmodernidad. Un tercer y último elemento que hemos echado en falta es un análisis más detallado sobre los elementos que influyen en la articulación del régimen de historicidad. Para el caso del “presentismo”, por ejemplo, describe en el mismo plano de causalidad los cambios introducidos en el modo de producción, la geopolítica o las innovaciones informáticas. Esta pluralidad causal, elogiada por otro lado, se presenta

---

<sup>2</sup> Observación de María Inés Mudrovcic, “Regímenes de historicidad y regímenes historiográficos: del pasado histórico al pasado presente”, *Historiografías*, 5 (enero-junio, 2013): 11-31. <http://www.unizar.es/historiografias/numeros/5/mudrovcic.pdf> [consulta 1 junio, 2015].

de una forma abstracta e imprecisa que hace difícil la comparación con otros regímenes políticos no occidentales o no capitalistas.

En conclusión, nos encontramos ante un libro imprescindible ya que nos propone pensar en nuestra relación con el tiempo como condición de posibilidad para la producción de la Historia. Lo que tenemos por delante es el desafío de estudiar los textos teniendo en cuenta las experiencias del tiempo que los constituyen o los habitan (p. 40). Al mismo tiempo, no debemos renunciar a observar lo que esta condición de posibilidad excluye de nuestra propia producción historiográfica. Para ello, no disponemos de otro modo que sentir la *inquiétante étrangeté* o *inquiétante familiarité* como la denominaba Paul Ricoeur. Esto significa que debemos mirarnos en un espejo en el que no podamos reconocernos y desde ese “extrañamiento”, cuestionarnos la situación que ocupamos dentro de una tradición. Esta es la condición que Hartog observa para la realización de una Historia crítica dentro de nuestro actual orden presentista del tiempo. Una labor a la que nos vemos irremediabilmente animados tras la lectura de este magnífico libro.

Sergio Murillo Gracia  
Universidad de Zaragoza  
smgracia@unizar.es

Fecha de recepción: 9 de abril de 2015.

Fecha de aceptación: 21 de abril de 2015.

Publicado: 30 de junio de 2015.

Para citar este artículo: Sergio Murillo Gracia, “François Hartog, *Régimes d’historicité. Présentisme et expériences du temps*. Paris: Éditions du Seuil, 2012 (1ª ed. 2002), 313 pages.”, *Historiografías*, 9 (enero-junio, 2015): pp. 155-158.

<http://www.unizar.es/historiografias/historiografias/numeros/9/murillo.pdf>